

genéticos y neurológicos interdependientes, que no puede reducirse a la búsqueda de una causa única.

Con estas reflexiones podemos volver a las preguntas que fueron planteadas en el inicio de esta reseña, teniendo como referencia el permanente movimiento teórico y metodológico de este autor, sin caer en reduccionismos o enfrentamientos estériles ni cegarnos por apriorismos teóricos o anti-teóricos, e intentar enfrentar el estudio del lenguaje como un fenómeno complejo, apoyándonos en las herramientas teóricas y metodológicas que T. Givón nos proporciona. El intenso y exhaustivo recorrido textual finalmente ha dejado algunos interrogantes y, a pesar del tono amargo y a veces pesimista de la autocrítica, nos muestra algunos de los caminos a desarrollar, pero fundamentalmente, pone de manifiesto los principios teóricos relevantes que servirán de guía para la comprensión y explicación del funcionamiento real del lenguaje en su dimensión comunicativa, cognitiva y social.

SARA ISABEL PÉREZ

LUIS FERNANDO LARA, *Teoría del diccionario monolingüe*. El Colegio de México, México, 1997; 273 pp. (*Estudios de lingüística y literatura*, 33).

Tal vez no haya investigaciones más audaces que aquellas que se proponen indagar algo que “va de suyo”, las que exploran un sobreentendido cotidiano. Algo de esa bienvenida audacia recorre toda la admirable *Teoría del diccionario monolingüe* de Luis Fernando Lara. Como Lara nos dice: “Los diccionarios... son libros tan obvios, tan esperados en la biblioteca doméstica, que parecen muebles” (p. 15). Se trata, pues, de interrogar esta obviedad; por así decirlo, hay que hacerle confesar sus perplejidades a estos libros en algún sentido no libros. ¿Y cuáles son éstas? Muchas, por supuesto. Sin embargo, quien busque tener una idea abarcadora de ellas, tendrá que leer con cuidado esta *Teoría*; en lo que sigue inevitablemente me detendré sólo en una o dos de esas perplejidades.

Ante todo, un diccionario fue y, en gran medida sigue siendo –¡oh sorpresa!– un fenómeno enfáticamente político. A diferencia de los diccionarios multilingües que tuvieron su origen en varias necesidades de información –el guerrero, el mercader o el simple viajero deseaban saber qué dicen los otros, qué se habla cuando se usa otra lengua–, en los orígenes del diccionario monolingüe primó con nitidez cierta necesidad simbólica: las reflexiones sobre la lengua en el siglo XVI estuvieron fuertemente ligadas a la agenda política de los nacientes Estados nacionales. Como indica Lara: “Esos nuevos Estados necesitaban legitimarse simbólicamente frente a sí mismos y frente a los demás, que competían con ellos, sobre la base del modelo de legitimidad que les imponía la Antigüedad grecorromana” (p. 27).

Parte de esa legitimidad se encontró en los ideales lexicográficos de fijación normativa de las palabras y de pureza de la lengua. De este modo, muy pronto, todo diccionario se descubrió a sí mismo como un “diccionario de autoridades”: en los diccionarios se recogió la presencia literaria del pasado, el canon de los clásicos, para convertirla en norma acerca de la corrección del habla actual. Y no sólo. Con frecuencia se pensó que fijar la lengua era afianzar la respectiva nacionalidad y, así, afianzar y darle brillo y prestigio al Estado. Lara nos narra con minucia los detalles de las diversas historias –Italia, Francia, España, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos...– que constituyeron esta historia, y vale la pena leerlo con cuidado.

Hay en esa historia, sin embargo, un episodio en el que quisiera detenerme. La lingüística –tanto en Saussure como en Bloomfield– nació a partir de un postulado descriptivista: a diferencia de la retórica, la lingüística nunca pretendió enseñar a hablar o a evaluar un decir o una escritura, sino que tuvo el propósito de describir tanto las diversas hablas como las estructuras en la lengua que las posibilitan. Por eso, parecería que un diccionario con pretensiones lingüísticas tendría que ser un diccionario sólo descriptivo, en el límite, incluso sólo cuantitativo. Precisamente, esa es la dirección que tomó la tercera edición del *Webster's New International Dictionary*. Claro, la alarma de los normativistas de toda índole no se dejó esperar.

A partir de esta ruidosa polémica propongo reconstruir lo que llamaré el *dilema del diccionario*: o un diccionario es normativo y, así, no recoge el lenguaje real que a cada paso un pueblo habla, o el diccionario formula puntualmente el lenguaje hablado de un pueblo pero, en ese sentido, abdica de su función normativa.

Quiero observar ante todo que este dilema del diccionario es un caso particular del dilema más general de la epistemología contemporánea: o la teoría del conocimiento es normativa, como defendieron los clásicos, de Descartes a Popper, y nos dice qué tipo de saberes está justificado o cómo hay que justificarlo, o es una teoría descriptiva, “naturalizada”, como propuso cierto Quine. Pero esta no es la ocasión para discutir ese dilema general, sino el más particular dilema del diccionario.

¿Qué materiales nos ofrece Lara en su *Teoría* para solucionar o disolver este dilema o, al menos, para elaborarlo? Comentaré un pasaje que en este sentido me resulta muy iluminador. Indica Lara que a partir de cierto momento: “el diccionario deja de ser un árbitro histórico, creado por la práctica comercial para difundir información o por los intereses del Estado para legitimarse, y por el contrario encuentra sus fundamentos en la necesidad de entendimiento de la sociedad y en una institucionalidad de la pregunta y la respuesta acerca del léxico de una lengua, que tiene sus raíces en lo más profundo de la vida verbal de la sociedad” (p. 103).

En relación con el dilema del diccionario, quiero interpretar este pasaje de la siguiente manera: un diccionario monolingüe posee normati-

vidad, pero ésta no le viene *a priori* de cierta tradición literaria que se usa —o de la cual se abusa— para legitimar un Estado. Por el contrario, la normatividad proviene del democrático ir y venir del lenguaje cotidiano: de cierta institucionalidad sedimentada que se va produciendo en las palabras que todos decimos. ¿Cómo es esto?

Constantemente preguntamos y se nos responde acerca de las palabras: podemos llamar a este hecho propio de toda lengua “ciclo reconstructivo”. Algunos ejemplos de Lara: un niño pregunta a su padre “¿qué significa *cometa*?”, o “¿qué es un cometa?; o alguien lee en la prensa mexicana: “Nuevamente, los *gorilas* tomaron el poder en Haití” y pregunta qué se quiere decir con ello; o una persona retóricamente se interroga: “¿qué significa *lealtad* para un político?”. En cualquiera de estos casos, quien responde, como indica Lara: “*norma* el conocimiento de quien pregunta” (p. 96).

El diccionario es más completo y menos subjetivo que nuestros padres, maestras o amigos: nos entrega esas normas por las que ocasionalmente preguntamos en nuestros ciclos reconstructivos pero en forma articulada, con relativo sistema, sin vinculación directa con una circunstancia. Por eso, el diccionario nos ofrece el conjunto de normas (incluyendo las “malas palabras”) que configuran esa institución decisiva pero llena de incertidumbres que es toda lengua, esa morada en la que, no sin vacilaciones, nos hacemos humanos.

De esta manera, ¡ay!, tal vez se disuelva el dilema del diccionario: un buen diccionario posee normatividad pero ésta no tiene por qué ser la de un dogmático juez político-literario, también puede resultar de una memoria compartida, orientada al entendimiento y por el entendimiento, normando la historia pero también haciéndose en la historia. De esto último no debemos olvidarnos. Como señala Lara: “El diccionario es un depósito de la memoria social, pero no es la memoria, ni la debe suplantar” (p. 235). Más todavía: “En cuanto condiciones de posibilidad, la memoria social ofrece un horizonte de entendimiento a toda significación verbal. Pero es un horizonte, no un límite” (p. 236). El dilema del diccionario se disuelve, entonces, si se apuesta por una espiral entre hechos y normas, si se defiende un naturalismo moderado. No es esta la única perplejidad que nos sale al paso y, a la vez, que se aprende a solucionar o disolver en este espléndido libro. Pero yo me detengo en ella pues no quiero ahorrarle a nadie las sorpresas y, hasta diría, las zozobras de su lectura. Después de todo, de la mano de las palabras recorremos la vida, recorremos la historia.

CARLOS PEREDA

Universidad Nacional Autónoma de México